



Luz Karina Cometa Fajardo

Punto a punto: *un antes y un después*

El tejido era para mí una hermosa labor que no conocía en esencia, ni había realizado jamás. Tenía arraigada la idea de que el tejido era una labor destinada solo para mujeres y, específicamente, para las abuelas. No obstante, siempre quise aprender a tejer. Ahora, no solo conozco algunas puntadas sino que he logrado trazar una línea que manifiesta tanto lo tangible como lo que hay detrás de un tejido.

La razón que alteró la percepción que tenía sobre el tejido fue el curso al que me inscribí en la universidad. En realidad no fui yo quien primero vio el nombre del curso sino una amiga, cuando estaba en proceso de matrícula. Me llamó la atención la manera como hilaba los oficios textiles con el feminismo. Recuerdo la grata sorpresa que me llevé la primera clase cuando vi que entre las muchas personas que había inscrito el curso ha-

bía varios hombres. Creo que, en cierta medida, este fue el primer paradigma que se tambaleó en mi mente frente a la idea que tenía del tejido.

En la medida en que fui conociendo los entramados que se esconden detrás del tejer, y aunque claramente no conozco toda la historia ni la diversidad de estudios sobre el tejido, tengo cierta certeza sobre el importante papel que ha jugado en nuestra sociedad. Sé que no se le ha reconocido esta importancia, pero está siempre vinculado con la cultura y las tradiciones que marcan la diferencia entre un antes y un ahora, entre una comunidad y otra. Es de esta manera que el tejido y sus obras dan razón de quienes fuimos, de nuestras creencias, de las ideologías, de las construcciones esenciales que diferencian una civilización de otra.

Asimismo, encontré que la labor de tejer ha estado estrechamente relacionada con las historias de las mujeres y las labores del hogar. En la cultura occidental la mujer ha sido formada para la vida doméstica y realizar las labores que una “buena mujer” debía saber hacer, entre las cuales estaban los oficios textiles. En esta medida los oficios textiles y las mujeres jugaban en el mismo patio, ambas estaban segregadas por la sociedad. Sin embargo, lejos de aislarlas, el tejido les permitió mostrar, puntada tras puntada, sus sentimientos, sus ideas y las razones de sus silencios. Fue entonces que el tejido sutilmente empezó a ser un arma de subversión. Esta idea me pareció fabulosa: el tejido como activismo.

Siempre asocié activismo con algo que requería de fuerza, de multitud, de elementos de expresión más “imponentes”, por tanto, el tejido no cabía dentro de esta noción de activismo. Cuando conocí sobre los movimientos activistas que tenían su base fundamental en lo textil,

comprendí el potencial transformador de esta labor, donde no se requiere de “imposiciones” sino de cohesión. Es asombroso conocer experiencias de hombres y mujeres que se reúnen a tejer en grupo. La “fuerza” de estas reuniones radica en la construcción de comunidad y el rompimiento de estigmas sociales.

Al finalizar el semestre teníamos la tarea de realizar algo que representara lo que nos llevábamos del curso, que tuviera algún significado para nosotros y no fuera solo por cumplir con la tarea. Me puse a pensar en el qué y en el porqué y me quedé varios días sin concretar nada. Hasta que supe que debía tejerme un gorro. Mientras tejía empecé a notar que en él se ordenaban puntos no tan simétricos al inicio, pero luego iban mejorando su forma. Esto para mí no era solo un mal y buen hacer, sino que reflejaba un caminar desde mi inicio hasta la consolidación de mi aprendizaje. A medida que avanzaba incluí nuevos puntos y nuevas técnicas, perdí el miedo a devolverme y deshacer, y adquirí un gusto por tejer en público.

Al principio era solo una forma de aprovechar el tiempo libre pero luego se convirtió una manera de mostrar que el tejido aún está presente y no pertenece únicamente a labores domésticas ni a las abuelas. Finalmente, el gorro manifestaba la libertad. La libertad que tenemos nosotras como mujeres de pensar, de actuar y de decidir. El gorro y su color, su textura, su forma, su símbolo, fueron una manifestación de que las decisiones que tomé son mías, me pertenecen y no deben ser condicionadas para complacer a los demás.

Luz Karina Cometa Fajardo

Es estudiante de los programas de Ingeniería Industrial y de Medicina de la Universidad Icesi.